

EL PARQUE DE BRUSELAS.



Una vista del parque de Bruselas.—Dibujo de STROOBANT.

El parque de Bruselas situado en el interior de la ciudad, cerca del boulevard del Este, entre las puertas de Namur y de Louvain, se halla rodeado de cuatro anchas calles, y separa dos grandes edificios, que son, el palacio del rey y el de los Estados generales. Es un paseo delicioso, dibujado con gusto, y donde no falta nada de lo que constituye el encanto de los jardines públicos; bonitas praderas, plazoletas de árboles, aguas transparentes y estatuas de mármol cuyos

T. III.—PARIS.—IMP. BLONDEAU,

blancos contornos se perfilan sobre fondos de verdura. La calle principal que divide el parque en dos partes iguales en su longitud, principia á la puerta de entrada, en frente del palacio de los Estados generales, y se prolonga hasta el palacio del rey, y se halla adornada con estatuas de emperadores romanos, ó mas bien con cabezas y piés esculpidos por Delvaux, y que salen de una especie de cubierta de piedra azul. Cerca de la entrada se halla el estanque Verde,

en derredor del cual andan muchos paseantes al medio día, sobre todo los domingos y días de fiesta; desde allí se ven los dos palacios situados á las estremidades del jardín, y dos hemosas calles laterales que partiendo de ese punto céntrico, se van separando una de otra en forma de abanico, y van á dar á dos puertas estrechas á igual distancia de la que hace frente al palacio del rey. A la izquierda en un bosquecillo hay una tienda donde se pone una música militar y á la derecha está el Wauxhall y un bonito teatro. A las dos terceras partes de la calle y en el centro del abanico hay otro estanque octógono con un caño de agua, y desde allí se descubre la cúpula de la iglesia de *Riches-Clares*, y las campiñas de las afueras de la puerta de Ninoe. Otras dos alamedas cortan el parque en su anchura, dividiéndole en tres partes y multiplicando de ese modo los puntos de vista. Entre las estatuas que adornan el jardín, se notan las que representan á Apolo, Vénus y Léda; las mejores son la Diana y el Narciso de Gripello, la Caridad de Vervoost y dos grupos figurando los atributos de la agricultura y del comercio.

Este hermoso jardín, construido á espensas del gobierno, por los dibujos de Zinner hácia 1774, y regalado despues por Bonaparte á la ciudad de Bruselas, ocupó el sitio de un antiguo parque dependiente del palacio real, que en su origen formó parte de la selva de Soigne. El abate Mann en su *Historia eclesiástica, civil y natural de la ciudad de Bruselas y de sus cercanías* (1785) habla del primitivo parque con una especie de sentimiento:

« Si el Palacio-Real de Bruselas, quemado en 1734, dice el abate Mann, tenía pocos rivales en magnificencia y estension, el parque en su antiguo estado encerraba bellezas que habria sido difícil hallar en otra parte. Veíanse allí magníficos jardines en anfiteatro, llenos de flores y de arbustos, huertos, parterres y terraplenes que se comunicaban entre sí por medio de vastas escaleras. En el valle habia un gran número de fuentes, con estanques, grutas, un laberinto y una casa de madera construida en España, todo esto adornado con estatuas y otras obras curiosas de arte. El parque era una especie de selva, poblada de fieras, donde los rayos del sol no penetraban ni aun en los días mas calurosos del año. En la estremidad septentrional del parque, en el mismo sitio en que se halla hoy el palacio del consejo de Brabante se hallaba la casa solitaria que mandó construir Carlos Quinto, y donde residió despues de su abdicacion en 1556 hasta su vuelta á España. »

En una parte de lo que el abate Mann llama el valle, se admiraba una estatua de Santa María Magdalena en una gruta de piedra cubierta de plantas marinas y de conchas, de donde salia un caño de agua volviendo á caer en un estanque de granito. Pedro I en abril de 1747 bebió una taza de esta agua. Formando contraste con la gruta y la estatua de Santa Magdalena, hoy arruinadas, se veia al otro lado la estatua de una lechera con un cántaro que despedia un chorro de agua.

El palacio de los Estados generales, principiado en 1778 en el mismo terreno en que Carlos Quinto habia habitado una modesta casa, fué concluido por Guimard en 1783. Sucesivamente ocupado por el consejo de Brabante y por los tribunales, fué consagrado en 1818 á las sesiones de las dos cámaras de los Estados generales. En esta última época el gobierno confió su restauracion al arquitecto Vandershaelen. El primer piso se halla adornado con ocho columnas acanaladas de orden jónico. La cornisa se construyó de nuevo despues del incendio de 1820. La entrada del pa-

lacio es un vasto vestíbulo de columnas dóricas acanaladas.

El palacio del rey que se eleva en frente del de los Estados generales fué reconstruido por los arquitectos Suys, Stielmans y Tasson.

LAS ARAÑAS.

A pesar del desprecio y horror que las arañas causan á muchas personas, interesan mucho por varios conceptos, y ofrecen al naturalista un campo vasto de observacion. Son muy comunes y habitan todos los sitios de las casas, los bosques, los campos, etc.; fabrican con arte admirable telas que prenden á los marcos de las ventanas, á los techos, árboles, etc. Cuando una hace esta labor en un rincon, comprime alternativamente sus cuatro pezones, hace salir gotitas de una materia glutinosa y con ella forma hilos. Primero establece una serie de ellos en direccion paralela, y despues la cruza con otra perpendicular á la primera. Estos hilos se pegan á todo lo que tocan y tambien entre sí, formando una tela consistente.

Se conocen mas de doscientas especies de arañas, divididas en ocho familias, segun el modo con que hacen sus telas á saber: tendedoras, hiladoras, tapiceras, falanges, acuáticas, minadoras, arañas-lobos y arañas-crabos.

Las arañas son carnívoras, viven de rapiña, y hacen una continua guerra á casi todos los demas insectos; unas chupan á los que se enredan en sus telas; otras los devoran, dejando solo las partes mas duras, como alas, patas, etc., y llevan la crueldad hasta devorarse entre sí. Cuando luchan dos, el combate acaba siempre por la muerte de una, la cual es chupada y devorada por la que vence. Si se echa una araña sobre la tela de otra, la propietaria la acomete al momento, la mata y se la come, si es mas fuerte; y si sucede lo contrario, huye. A veces la lucha es tan pertinaz, que ambas acaban por matarse.

Todas las arañas no tienen redes, pero todas hilan mas ó menos: sus tejidos difieren mucho entre sí; unos son de trama floja y de figura espiral; otros constan de hilos en todas direcciones, sin orden aparente, y otros, en fin, forman un tapiz apretado y tendido sobre un plano vertical. Para hacer una tela entre dos árboles separados por un foso ó un riachuelo, que el animal no puede franquear, ata en la estremidad de algunas ramas del uno, varios hilos que cuelguen y floten despues por el viento hasta unirse al otro. Entonces la araña tira hácia sí de cuando en cuando para ver si está bien adherido, y asegurada de ello por la resistencia que encuentra, continúa tomando en él un punto de apoyo para colocar los demas. Despues hila otros perpendiculares y oblicuos que ata á difrentes ramas, y cuyos extremos van á parar á un centro comun.

Terminado este trabajo, hila otros que pega encima, los separa y los coloca circularmente alrededor del centro. Hecha ya la tela, construye en una de sus estremidades superiores, y entre dos hojas cercanas, una pequeña estancia que la sirve de retiro, en donde permanece todo el día, y solo sale por la mañana y por la noche.

En los hermosos días del otoño, se ven á menudo revolotear en el aire gran cantidad de hilos de araña, que el viento suele llevar á grande altura. Estos hilos son la obra de arañitas de la familia de las tendedoras. Fácil es convencerse de ello, pues al examinarlos de cerca, se encuentra en uno ó en otro de sus extremos arañitas ocupadas en produ-

de nuevos hilos, ó en alargar aquellos ya hilados hasta que llegan á fijarse.

Las arañas son ovíparas, y ponen los huevos poco tiempo después de la fecundación. En animales tan crueles, la unión de los sexos debe efectuarse con desconfianza. Al hacer el macho las primeras gestiones, arriesga su vida, y si la hembra no estuviese sujeta á una ley imperiosa, sería sin remedio devorado, porque ella es mas fuerte, mas corpulenta y de mandíbulas mas robustas. Esta unión se verifica en Europa desde junio hasta setiembre.

Salen de los huevos los hijos al fin del estío, dos ó tres semanas después de la postura. Sin embargo, algunos pasan sin abrirse todo el invierno hasta la primavera. En cuanto salen del huevo los hijos de las arañas hiladoras, se ponen á hilar, y en breve construyen una telita; engordan pronto, aunque suelen no comer por faltarles fuerzas para atrapar las moscas.

Estando para salir las arañas-lobos de los huevos, la madre desgarrá su película y los coloca sobre el dorso, llevándolos consigo los primeros días. Es extraño ver semejante animal correr por el campo con el dorso cubierto de mil hijuelos. Cuando coje algun insecto, le despedaza y distribuye á sus hijos, los cuales se quedan con ella hasta que pueden buscarse la subsistencia. Las arañas tienen el mayor cuidado de sus huevos y de sus hijos, y se esponen á cualquier peligro por defenderlos. Son tímidas, menos cuando los llevan á la espalda; y si se les deja caer algunos, mas bien perecen que abandonarlos. Pasado el peligro, se los vuelven á colocar como antes estaban. Ya separados, esta ternura se cambia en rencor implacable; la madre no reconoce á sus hijos, y toda esta familia no desea mas que devorarse al primer encuentro.

Se ha exagerado mucho el peligro de la mordedura de las arañas, y segun algunos autores no le hay en los países frios y templados. Sin embargo, varios viajeros han citado algunas especies venenosas y dicen que la araña de las aves de Surinam, es muy temible para el hombre y mortal para los colibris y el pájaro mosca. Baglivo, célebre médico italiano, ha escrito mucho sobre la tarántula, especie que se encuentra en el mediodía de Europa. Segun él, su mordedura es solo peligrosa en el verano y principalmente en el tiempo de la cópula, pues produce una enfermedad grave. Sus síntomas, descritos por él mismo, son: dolor muy agudo en el punto mordido, espasmo, sudor frio general, vómitos, elevación de vientre, etc., los cuales toman á menudo el carácter de una fiebre maligna.

En fin, los enfermos sucumben, ó si el mal calma, caen en una melancolía *sui generis*, pues la mayor parte busca los sepulcros y los parajes solitarios; algunos se meten en los féretros, y otros desesperados se arrojan á los pozos ó se revuelcan en el lodo. Unos desean que les den latigazos, otros se placen en correr ó en contemplar varios colores. Este *tarantismo*, dice Baglivo, solo puede curarse con la música: era muy comun en Italia cuando practicaba este médico, pero desde que no se cree en semejante mal, no se ha vuelto á presentar caso alguno.

Todos los esfuerzos de los naturalistas en descubrir el veneno de las arañas han sido inútiles. Las gallinas y otras aves se las comen sin que les hagan daño. Varias personas las han ingerido tambien en su estómago impunemente: el distinguido astrónomo Lalande tenia este gusto singular. Pero esto nada prueba contra la existencia del veneno, pues el del crótalo, ó serpiente de cascabel, del que nadie duda, para que obre en la economía animal, ha de ser absorbido

y llevado al torrente de la circulación. No obstante lo dicho, las arañas deben tener una especie de veneno, porque los insectos á quienes pican mueren casi en el instante. Es, pues, prudente desconfiar de aquellas que son grandes, y en especial en los países meridionales, porque si sus mordeduras no son mortíferas, pueden causar inflamaciones mas ó menos graves, segun la parte lisiada.

Las migalas se parecen mucho á las arañas-lobos y á las tapiceras; son grandes y generalmente venenosas. Las migalas-albañiles ó minadoras hacen nidos subterráneos y profundos, que visten por dentro hasta la entrada con una tela, para poder subir mas facilmente y ver lo que pasa á la entrada. Sobresale su industria en el cierre ó tapadera, pues sirve á la vez de puerta y de techumbre. Forman esta con varias capas de tierra húmeda interpuestas en una gruesa trama. Su contorno es redondo, el exterior llano y áspero, y el interior convexo, liso y cubierto de una tela cuyos hilos forman un tejido muy apretado. Prolongados estos hácia uno de los lados, unen perfectamente la puerta formando una charnela, para poderla abrir y cerrar. Esta se halla fija en la parte mas alta del borde que forma la entrada, á fin de que la puerta caiga y se cierre por su propio peso.

Dicha entrada tiene en su parte mas ancha un apoyo circular, sobre el cual se aplica exactamente la tapadera. Retirada la migala á su habitación, se está quieta mientras no tocan á su puerta; pero en cuanto siente el menor ruido en ella, va y asida por un lado á la tapadera y por otro á la especie de opérculo referido, resiste á que se abra, por un movimiento alternado de pulsión y de repulsión, hasta que, obligada á ceder por la fuerza, se arroja al fondo de su estancia cambiando su valor en cobardia.

Lo propio sucede en casi todos los animales. Un revés de la fortuna les anonada. El hombre mismo, destello del Criador, desfallece al frente de la adversidad.

LA ARGIRONETA ACUATICA.

La argironeta es una arañita, notable por su figura y su modo de existencia. Vive en el agua; su abdomen se halla revestido de una especie de vello que impide que el elemento líquido moje la piel, y que ademas se penetra de una cierta cantidad de aire propio para las necesidades de la respiración. Este aire forma como una tela alrededor del cuerpo, de modo que cuando el animal se sumerge ó nada, se creeria ver una bola de gas ó mas bien de plata que se mueve con rapidez en el fondo del agua. En ninguna otra araña se encuentra una configuración semejante, porque ordinariamente casi todas se ahogan prontamente en el agua.

El nido que la argironeta se construye debajo del agua, tambien está lleno de aire, formando una red parecida á la de las arañas que viven en el aire. Generalmente tiene la forma de un fanal cuya abertura unas veces guarnecida de hilos que se cruzan en diferentes sentidos, y otras enteramente libre, no es mas que una rendija estrecha y larga, provista de bordes elásticos que se tocan en el estado ordinario, pero que pueden separarse con un ligero esfuerzo cuando el animal quiere penetrar en su morada. Este fanal es del tamaño de una nuez. De los bordes de la abertura parten en diferentes direcciones varios filamentos que sirven de cuerdas para sostener el fanal lleno de aire, y por consecuencia muy ligero, á cierto nivel debajo de la superficie del agua. Por dentro y fuera este nido de la araña se halla untado de una especie de materia vidriosa y diáfana,

producida por el animal con ayuda de sus patas traseras y que va extendiendo en una capa finísima sobre las dos superficies interna y esterna del fanal. Esta materia se endurece pronto, y forma un obstáculo á la salida del aire que despues debe llenar la celdilla. El movimiento de las argironetas mientras dura esta especie de fabricacion es muy curioso : se frotan el cuerpo con una viveza estrema, como si fueran presa de una especie de fiebre que no cesa sino des-

pues de estar completamente acabado el edificio ; aprietan alternativamente sus hileras con sus dos patas traseras, y cuando han hilado una parte del globo y han esparcido bien todos los hilos, pulen la superficie con una de sus patas, en tanto que la otra sostiene habilmente el edificio por el otro lado. Fabricado de este modo, el fanal queda de una blancura brillante, que de léjos parece una perla en el fondo de las aguas. El animal permanece ordinariamente en



Nido de la argironeta acuática. —Tamaño natural.

su habitacion con las patas aplicadas al fanal y la cabeza hácia arriba.

Tambien es muy singular el mecanismo á cuyo beneficio el animal suministra á su habitacion el fluido respiratorio : nada hácia la superficie del agua con la cabeza abajo, eleva por encima de su superficie la estremidad posterior de su abdomen, dilata sus hileras y se vuelve á sumerjir rapidamente. Durante esta operacion se forma una bola de aire, que independientemente de la capa plateada que envuelve su abdomen, se muestra en la parte posterior. Despues nada hácia el talle de la planta en donde quiere fijar su nido, y toca la bolita de aire que se suelta enseguida y se adhiere á la planta. De allí vuelve á subir á la superficie, donde vuelve á tomar otra bola de aire que añade á la primera, procediendo de este modo hasta que llena su fanal.

La argironeta pasa la mayor parte de su existencia dentro de su campana llena de aire ; allí se alimenta, deposita sus huevos y cria ; la construye en la primavera, pone los huevos en el verano, y habita allí todo el invierno, sin salir mas que accidentalmente, ya para ir á buscar aire á la superficie del agua, ya para ir al continente mas próximo á

buscar insectos terrestres, que en cuanto los encuentra los lleva bajo el agua y los devora en su habitacion. Puede ser que la argironeta no busque estos insectos sino á falta de los acuáticos : para apoderarse de estos últimos, tiende sus hilos en distintas direcciones alrededor de su morada, y en cuanto los coje los come inmediatamente, ó los deja atados al hilo como para guardar provisiones.

Los huevos se hallan envueltos en un capullo de seda ; son de un color amarillo anaranjado, y se les distingue fácilmente á traves del tejido firme y blanco del capullo.

Apenas han nacido los hijuelos cuando ya piensan en construirse una habitacion análoga á la de sus padres ; á veces se ven fanales en las aguas en proporciones casi imperceptibles.

La argironeta construye todos los años su nido en el mismo sitio ; busca las aguas poco profundas, que corren lentamente, y donde se hallen los pequeños insectos que la sirven de alimento.

En Francia fué observada en una charca du Petit-Gentilly cerca de Paris y en las cercanias de Laon y de Burdeos, á cuatro leguas del Mans donde fué estudiada por primera

vez por el padre de Lignac, sacerdote del Oratorio en 1748.

Esta araña en el estado adulto tiene 4 ó 6 líneas de anchura y otras tantas de largo; en nuestra lámina se ve del tamaño natural en el interior de su fanal.

HISTORIA

DEL

ULTIMO CABALLO DEL EMPERADOR NAPOLEON.

(Véanse las págs. 291 y 301.)

IV.

El 18 de junio de 1815, los últimos rayos del día alumbraban el vasto y sangriento teatro de una lucha en que el genio de Napoleon sucumbía bajo una fatalidad terrible. En vano había multiplicado á su favor las probabilidades de la victoria; había contado sin la tardanza de uno de sus mejores tenientes, cuya falta debía expiar tan cruelmente. El emperador, atacado por los ejércitos de Blucher y de Wellington, trataba todavía de resistir á unas tropas tan superiores en número; á su voz los soldados franceses corrían á arrosar la metralla, y no desesperaban aun de vencer.

Napoleon estaba en todas partes, se le veía precipitarse en lo mas fuerte de la refriega para dar órdenes, para hacer vigilar los movimientos, cuya ejecucion podia detener la marcha victoriosa del enemigo. Constantemente á caballo desde las diez de la mañana, había fatigado á cinco ó seis caballos, y el que montaba en aquel momento supremo iba á caer rendido tambien, tal vez á dejarle en medio de los escuadrones prusianos é ingleses, que inundaban el campo de batalla. Eran cerca de las ocho de la noche.

Uno de sus ayudantes le hizo observar el peligro que corría.

— Bueno! exclamó; que me traigan otro caballo.

Apénas había pronunciado estas palabras, cuando se presentó delante de él un jinete, que conducía un caballo por la brida.

— Señor, le dijo, V. M. está obedecido.

Al mismo tiempo se apeaba de su caballo y conducía el otro al emperador, para que este pudiera montar mas pronto.

Napoleon miró aquel caballo que estaba cubierto de barro.

— Qué quieres tú que haga con ese pobre animal? exclamó con acento de mal humor. Quiero un caballo fresco y ese debe estar rebentado, pues le monté esta mañana por mas de cinco horas.

— No importa, señor; os aseguro que andará tan bien y mejor que un caballo fresco; ademas, los otros están demasiado léjos de aquí.

Napoleon no estaba de humor de discutir mas tiempo con su picador; se apeó y montó el nuevo caballo que le habían traído.

— Ah! es Acacia! dijo.

— Sí, señor.

Apénas había vuelto á montar el emperador, una masa enorme de caballería inglesa, cayó sobre los tres ó cuatro batallones de la guardia imperial, con que Cambrone trataba de cubrir la retirada del ejército francés; una granada derriba del caballo á aquel general; pero el cuadro que ha hecho formar, sostiene heroicamente el fuego del enemigo;

una lluvia de fuego, que parte de aquella ciudadela viva cubre á los soldados de Wellington, y los obliga á retroceder; entónces el cuadro se entreabre, pero es para recibir al mismo Napoleon, que se lanza en su centro para evitar ser hecho prisionero, ó muerto: le acompañan los mariscales Soult, Ney, y los generales Bertrand, Drouot, Corbineau, Flahant y La Bedoyère.

Parece que el enemigo ha adivinado que Napoleon está allí, y se encarniza contra el cuadro que le protege; pero ántes de llegar hasta él, es preciso matar hasta el último de sus granaderos. El emperador ha puesto mano á su espada, lo mismo que todos los mariscales y oficiales superiores que le rodean; las balas de fusil y de cañon caen en medio del cuadro que no pueden romper; por fin el enemigo se cansa, y su ataque empieza á debilitarse; los soldados de Cambrone retroceden lentamente conservando el mismo orden; Napoleon, libre, puede alejarse del campo de batalla.

Conducido por su caballo, llega á Jemmapes, en donde espera reunirse con un cuerpo de retaguardia; pero al llegar á aquella poblacion, no ve á su lado mas que á un solo jinete: reconoce al picador que le ha llevado á Acacia: es Pedro Collot, el ex-palafrero normando.

— De dónde vienes? le dice el emperador.

— Cómo, señor! de donde vos; estaba á vuestro lado, allá abajo.

— En medio del cuadro de mi guardia?

— Sí, señor; y mientras he seguido á Vuestra Majestad, he tenido tiempo para recojer este sable prusiano.

Y enseñaba al emperador el sable que tenía en la mano.

— Qué querías hacer con eso?

— Defenderos, señor, y probar á Vuestra Magestad que lo sé manejar.

En aquel instante llegaron sucesivamente los ayudantes de campo y de órdenes, á quienes la debilidad ó la fatiga de sus caballos no había permitido seguir al emperador. Solo el caballo que montaba Napoleon no parecía fatigado; solo él se encontraba dispuesto á empezar una nueva carrera. Pero Napoleon quería detenerse en Jemmapes; se apeó, y dejó Acacia á Pedro Collot.

— Ten cuidado de ese animal, le dijo, y trata sobre todo de llevarlo á Paris, pues sin él no habría llegado aquí.

— Señor, volveréis á encontrar á Acacia y á Pedro Collot en las caballerizas imperiales; os lo prometo bajo palabra de honor.

Napoleon había entrado en una casa, en donde tomó algun descanso, mientras Pedro Collot iba, llevando á Acacia por la brida, á buscar un sitio hospitalario, en que descansaran y comieran sus dos caballos.

Esto no era fácil de encontrar; las calles estrechas de la poblacion de Jemmapes estaban llenas de soldados, de carruages, y de furgones de artillería; las tinieblas de una noche muy oscura contribuían á aumentar el desórden. No tardaron en ser oidos los gritos siniestros de *¡sálvese quien pueda!* *¡El enemigo!* La confusion llegó á ser horrible: la voz de los gefes era impotente y desconocida. Batallones enteros, que, reunidos, hubieran podido contener al enemigo, se desbandaron, y tomaron la fuga; la caballería inglesa y prusiana entró en la poblacion.

El emperador tuvo apénas tiempo para salir de Jemmapes, y llegar á los Cuatro-Brazos, en donde se apeó en un vivac.

Pero mientras Napoleon se esforzaba todavía en aquella última posicion para reunir á las tropas francesas, el pobre Pedro Collot había sido sorprendido por la llegada repentina

del enemigo. Había encontrado hospitalidad para sí y para sus dos caballos en el patio de una casa de Jemmapes, y les hacía tomar un poco de cebada que había pagado muy cara; de repente se presentan en la entrada del patio dos húsares de Brunswick, que se habían apeado para saquear. Al ver al picador, vestido con la librea imperial, y que toman por un militar, le dirigen, blandiendo sus sables, una amenazadora interpelación. Pedro Collot adivinó su significación, aunque había sido formulada en alemán, y comprendió que los húsares le intimaban la orden de darse prisionero, y de poner á su disposición, no solo su persona, sino también su sable, y sus dos caballos.

Pero no se hallaba de humor de ceder con tanta facilidad un caballo, que le había sido recomendado por el emperador, aquel orgulloso Acacia que había salvado la vida á Napoleon; le había dicho además que él también sabía servirse de un sable, y debía cumplir su palabra. Cogió el sable que estaba suspendido de la silla de Acacia, se precipitó sobre uno de los húsares, que se adelantaba ya á coger su presa, y le dió sobre la cabeza un golpe tan furioso, que le envió á rodar á tres pasos de distancia.

Asustado con la caída de su compañero, el otro húsar no pensó más que en huir; pero Pedro Collot no le dejó tiempo, y cerrando la puerta, le cortó la retirada; entonces el corbarde húsar, echando al suelo su sable, se puso de rodillas pidiendo perdón á su terrible adversario.

Pedro Collot se compadeció de aquel hombre; le mandó que se levantara; pero había que impedirle que fuese á reunirse con sus camaradas, que no habrían dejado de venir á vengar la muerte del húsar; Pedro Collot vió una escalera que conducía á un sótano; por ella hizo bajar á su prisionero, y le encerró allí, echando el cerrojo á la puerta.

Ahora, ¿cómo saldrá de su asilo, en el que á cada instante puede ser descubierto? La caballería enemiga continúa atravesando la calle principal de Jemmapes; el ruido de los disparos que se oyen es señal de que aun sigue la lucha; entonces, aunque conociendo el peligro de una posición tan crítica, da á sus dos caballos la poca cebada que le queda, los hace beber, y espera á que el movimiento militar que turba el reposo de la ciudad belga haya cesado. A las dos de la madrugada, las tropas inglesas y prusianas habían abandonado á Jemmapes.

Entonces Pedro Collot se aventura á mirar por la calle; ve á un campesino que vestía una blusa de lienzo; le hace señas para que entre, le espone su triste situación, y le pregunta si le quiere ceder la blusa por quince francos.

— Es demasiado, le dice el campesino, es demasiado; os cedo mi vestido por franco y medio; no vale más.

— Gracias, amigo, gracias; sois un hombre honrado; pero, mirad, aquí tengo dos caballos que pertenecen al emperador; yo no puedo llevar conmigo más que uno; el otro es para vos. No tengáis escrúpulos; porque, si no lo tomáis, caerá en manos de un prusiano ó de un inglés.

El campesino belga no resistió á esta reflexión; de un solo golpe hacía un servicio á un francés, servidor leal del emperador, y adquiría á poco precio un caballo que le había pertenecido; entregó su blusa que Pedro Collot colocó sobre su traje de picador, arrojando lejos de sí su sombrero galoneado que podía darle á conocer.

Cuando estuvo así disfrazado, fué á buscar los dos caballos, entregó uno al campesino, y después de estrechar á este la mano, subió sobre Acacia.

Gracias á su disfraz, el picador de las caballerizas imperiales pasó sin estorbo por entre las tropas anglo-prusianas,

y llegó á los Cuatro-Brazos, en donde esperaba reunirse con el emperador: pero este había marchado ya por Charleroi; Pedro Collot se quitó su blusa de lienzo, compró un sombrero de tres picos, y continuó buscando á Napoleon; pero tuvo que renunciar á la esperanza de encontrarle hasta París; caminó á cortas jornadas para no fatigar demasiado á Acacia, y llegó á la capital el 23 de junio á las once de la noche.

Cuando se presentó delante del palacio de Elbeuf, encontró la puerta cerrada; se apeó del caballo, y llamó con fuerza á la puerta; el portero, que en las circunstancias extraordinarias en que se hallaba París, creía deber obrar con mucha circunspección, no abrió; además la hora no era la más oportuna para visitas. Pedro Collot, que necesitaba descansar, y no pensaba de modo alguno pasar la noche el lado de su caballo, llamó de nuevo.

— ¿Qué queréis? preguntó al fin á través de la puerta el portero asustado.

— Quiero entrar con mi caballo.

— Os habéis engañado, amigo; esto no es una posada.

— Ya lo sé, señor Poussard, y sin duda os queréis chancear; pero el momento no es oportuno.

— Pues, quién sois?

— ¿Cómo! Soy Pedro Collot, el picador de S. M.

— Pedro Collot! Bah! ese pobre muchacho ha muerto. . . no me engañas con eso!

— ¿Qué, que he muerto? Señor Poussard, no os bromeis así! Abrid; y, si no queréis recibirme, dejad á lo menos que entre Acacia.

Estas últimas palabras, pronunciadas con voz quejosa y suplicante, no podían dejar ninguna duda en el ánimo del portero acerca de la identidad de Pedro Collot, y de Acacia; abrió la puerta, y, al ver al picador que reconoció al momento, se lanzó á su cuello.

— Con que eres tú amigo Collot? Ah! te creíamos muerto, como tanto otros.

— No, señor Poussard; pero poco ha faltado para que no volviera; es un milagro que no haya muerto. Pero de esto hablaremos mañana; este compañero de viaje tiene el vientre horriblemente vacío.

Acacia se puso á relinchar, y los caballos encerrados en las caballerizas le contestaron con sus relinchos, como para saludar el regreso de un amigo. Pero Collot hizo entrar á Acacia, y lo enseñó al portero.

— Conoceis á este?

— Sí por cierto; pero no parece que ha hecho la campaña.

— Pues la ha hecho, y el emperador le montaba durante la batalla; espero que le volverá á montar; ahora voy á conducirlo á la caballeriza.

El portero cerró la puerta, y cogiendo un farol condujo á Collot con su caballo á la cuadra; después de haberle dado que comer, y haberle colocado en su pesebre, el portero y el picador se fueron á cenar juntos.

Al día siguiente, á las seis de la mañana, cuando los palafreneros abrían la cuadra encontraron á un hombre que dormía sobre la paja, cerca del pesebre de un caballo, que se asombraron de ver allí.

Era Pedro Collot, que había rehusado la oferta, que el portero le había hecho de partir con él su cama: había querido dormir al lado de su querido Acacia.

(Se continuará.)

EL LOTO.

FLORESCENCIA DEL *NELUMBium SPECIOSUM* EN EL MUSEO DE PARIS.

De todos los vegetales preciosos con que se ha enriquecido la horticultura en estos últimos años, ninguno es mas notable que el *Nelumbium*, por la celebridad de sus tradiciones, y por eso ninguno ha escitado en mas alto grado las investigaciones de los sabios. Esta magnífica planta que acaba de florecer por primera vez en Paris está dando hace algunos meses flores en todo su brillo, y aun madura á veces sus frutos al aire libre, como en Montpellier bajo la influencia de una temperatura de 21° sobre cero.

El *Nelumbium speciosum* es originario de la India: hasta el siglo XVII se le habia considerado como propio del Bajo Egipto, donde sin embargo nadie le vió jamas. En la antigüedad tenia el nombre de *Haba de Egipto*, *Azucena del Nilo*, ó *Loto*, y se comian las raíces y las semillas.

Cárlos de l'Ecluse (Clusius) fué el primero que hizo estudios útiles sobre esta célebre planta; el primero que descubrió en los textos antiguos las propiedades del *Nelumbium* que Herodoto describe con estremada precision bajo los nombres de *Haba de Egipto* ó *Azucena del Nilo*. Desde Clusius acá, las investigaciones de los viajeros, los escritos históricos, el estudio comparado de las diferentes religiones de la India y del antiguo Egipto, han venido á confirmar los ingeniosos apuntes de uno de los primeros botánicos del renacimiento.

Esta planta en la isla de Ceilan se llama *Nelumbo*, del cual M. A. L. de Jussieu ha hecho *Nelumbium* que es el adoptado hoy en el vocabulario de la ciencia.

El *Nelumbium*, considerado como sagrado en muchas partes de la India, en la China y en el Japon, es á los ojos de los sacerdotes budistas, un emblema del mundo salido de las aguas, y le cultivan en jarrones preciosos para adornar sus templos y altares. En nuestros dias esta planta se ve representada en todas las pinturas que llegan de la India ó de la China. El Egipto la acordaba una atencion particular, pero la planta desapareció de aquel suelo con la antigua religion que probablemente la introdujo en él. En vano Próspero Alpin y los sabios que formaban la memorable comision de Egipto, la buscaron en los lagos y en los canales donde crecía abundantemente en tiempo de Herodoto. Se la ve representada en las medallas de los Ptolomeos; sus tallos agrupados en haces adornan las poderosas obras de granito en que descansan las colosales figuras egipcias del Louvre; sus hojas sirvieron de modelo para las columnas de los templos; sus flores y frutos coronan la cabeza del Antinoo antiguo y se ven esculpidas en el zócalo de la estatua del Nilo, copia de la de Roma que se halla en el jardin de las Tullerias y en el Museo Nacional de Paris. Por último, cuando Plutarco habla de una corona de Meliloto, poniendo á esta planta en el número de las que crecian en el Nilo, se trata evidentemente de una corona de flores ninféaceas y no de la planta leguminosa que lleva hoy ese nombre.

El *Nelumbium* del antiguo Egipto crecía en los lagos y canales que se recorrían en barcas. Strabon dice que en efecto la gente se paseaba por diversion sobre los lagos cubiertos de habas, y que se abrigaban bajo las hojas de esa planta, como se hace hoy bajo las de la palmera, la caña, etc. Esas hojas, dice el mismo historiador, tenían la forma de grandes sombreros, de manera que se vendían en las tiendas.

Largo tiempo la simiente de esta planta continuó siendo conocida de los romanos, pero poco á poco la planta fué desapareciendo de las aguas del Nilo, donde habian señalado su existencia tantos historiadores de gran peso; hasta sus huellas se han borrado ya, y solo se conserva su recuerdo en los geroglíficos y medallas. A falta de la realidad, los comentadores del siglo XVI copiaban una figura imaginaria que la imprenta ha reproducido durante mucho tiempo en varios libros estimados.

El *Nelumbium* es una planta acuática cuyas raíces son semejantes á los largos tallos blancos y articulados de la caña de los pantanos; se rompen fácilmente, son fistulosas, y se hallan provistas en las articulaciones de un grupo de raíces fibrosas, sencillas, donde hay un boton del que nace la hoja. El Museo debe la hermosa raíz que ha prosperado en Paris, á fuerza de cuidados, á M. Dunal profesor de botánica de la facultad de Ciencias de Montpellier.

Las flores se hallan muy de acuerdo con la descripcion de Herodoto. No pueden compararse mejor que á un enorme tulipan, comparacion mas justa todavia cuando tienen botones. Estas flores se abren dos dias seguidos y se cierran de noche; su olor se parece al de la rosa cuyo vivísimo color se ve en las estremidades de sus pétalos.

La estructura particular del fruto ha ocupado mucho á los botánicos; consiste en un receptáculo oboónico y carnudo de color verde en el cual se ven unos quince á treinta pistilos que se cambian despues en nuececillas negras que los antiguos llamaban Habas. Teofrasto nos ha dejado una descripcion de la mas perfecta exactitud; habla de la forma del embrión y de la hojita que le caracteriza.

«Esta haba, dice Teofrasto, crece en los estanques y pantanos; su tallo tiene cuatro codos de largo, y es de un dedo de grueso; parece una caña sin nudos. El fruto que da, contiene hasta treinta habas un poco abultadas, cada cual en su hueco separado. La flor es toda de color de rosa. El fruto se eleva sobre el agua, las hojas se sostienen en tallos semejantes á los del fruto y son grandes como sombreros. Abriendo una haba se ve dentro un cuerpecillo replegado sobre sí mismo del que nace la hoja. Su raíz es mas fuerte que la de la caña, y la comen los que habitan cerca de los pantanos. Esta planta crece espontáneamente y en gran abundancia »

Herodoto comparó la flor del *Nelumbium* con la de la azucena, dándole tambien el nombre de *azucena del Nilo*; Plinio la asimila á la adormidera y Ateneo la designa con el nombre de *Loto* aplicado despues á una multitud de plantas diferentes.

Cuenta Herodoto que los egipcios se alimentaban con el loto del Nilo (que no confunde con el *Nelumbium*); que su simiente parecida á la de la adormidera servia para hacer pan, y añade que tambien se comian las raíces del loto, las cuales eran redondas, del grueso de una manzana y de un sabor dulce.

En el dia, si las aguas del Nilo no contienen ya el antiguo *Nelumbium*, contienen sin embargo dos ninféaceas alimenticias. Estas dos plantas, designadas por los árabes bajo los nombres de *Nenufar* (*Nimphaea Lotus* L. de flores blancas, ó *Arais el-Nilo*, desposada del Nilo) y de *Bache-nim* (*N. cœrulea*), se emplean como alimentos; los fellahs llaman *Biato* la raíz redonda del *N. cœrulea* que es muy estimada entre ellos, haciendo con su semilla feculenta, un pan semejante al que comen los habitantes del Alto-Egipto. Así pues, es de creer que los frutos que componen con las espigas de cereales, los atributos de Isis pertenecen á una

ninféacea (N. *Lotus* ó *cœrulea*) y no á la adormidera que no se cultivaba en Egipto. Este hacecillo de frutos de cereales y de loto, representa pues la Fertilidad y la Abundancia, puesto que los egipcios echaban de estas plantas en la fabricacion de su pan.

El loto, dice Herodoto, crecia en los campos despues de

las inundaciones. Sus flores son blancas con pétalos como las azucenas. Esta planta nace en crecido número y muy apretada: las flores se cierran al ponerse el sol y ocultan sus frutos, volviéndose á abrir cuando el sol aparece de nuevo, y elevándose sobre el agua, lo que se renueva hasta que está formado el grupo y entonces cae la flor.



NELUMBIVM SPECIOSUM (Lotus). Dibujo de Himely.

Hoy no se duda ya que en tiempo de Teofrasto los egipcios comian las raíces y semillas del *Nelumbium*, así como las comen hoy los pobres que habitan á las orillas de los lagos del Cachemyr, y que se alimentaban ademas con las semillas y raíces redondas de los *Nimphœa Lotus* y *cœrulea* como los fellahs de las cercanías de Damietta y los habitantes del Nilo-azul.

¿Se debe atribuir á la estension que se ha dado á ciertos éulivos la desaparicion del *Nelumbium* de los canales del Bajo Egipto, en medio de los cuales crecia antes en tanta

abundancia y casi espontáneamente? Así debe ser, si como lo asegura M. Belin, agregado al consulado de Francia en Egipto se está viendo que por causa de los desmontes de la tierra el N. *cœrulea* desaparece de día en día de las campiñas del Cairo, refugiándose en los canales de las cercanías de Damietta, de donde quizá llegará á desaparecer tambien, un día. Entre tanto no deja de ser curioso el fenómeno de la persistencia de los menores caracteres de organizacion y de vegetacion en una planta cuya fiel descripcion está hecha desde hace dos mil años.